

LA APORTACIÓN HISPÁNICA A LA PAZ Y LA SEGURIDAD MUNDIALES

MANUEL LIZCANO

El actual escenario transhispano y su servicio a la paz mundial

Nuestra reflexión tiene que empezar por un interrogarnos a nosotros mismos: ¿está siendo hoy España un factor significativo en el diseño y construcción de un cierto «orden», al cual quepa identificar en serio como paz del mundo? Sólo si así fuera, ¿cómo estaría entonces contribuyendo a construir esa paz España? ¿Cuál será el papel que en semejante construcción estarían jugando realmente, o en condiciones de jugarlo, la comunidad civil y el Estado político de los españoles? Pero todavía antes de respondernos nada precipitadamente será lógico que sigamos indagando más cuestiones previas. Porque aunque todos lo sabemos mientras no hablamos, la verdad es que luego al conversar, y sobre todo al discutir —con lo que solemos creer que lo resolvemos todo—, aún no hemos aprendido a evitar la trampa de un doble lenguaje heredado de tiempo atrás. Una gruesa trampa, por cierto, que consiste en saber, a la vez que lo ocultamos, que al decir «España» nos estamos refiriendo siempre a dos cosas distintas.

Por un lado, es obvio que mencionamos algo muy concreto e inmediato. Una parte —por esencial que sea— de un todo que la trasciende. De un conjunto mucho más dilatado y multipresente en el mundo actual. Y precisamente ésta es esa segunda dimensión nuestra que de ordinario no hacemos explícita. Porque ha bastado viajar un poco para saber que cuando estamos en cualquier país de Iberoamérica *no salimos de casa*. O no salimos más de lo que lo hacemos al ir de una a otra de nuestras Españas, o

comunidades nacionales o regionales, dentro de la estricta España estatal.

Cuando se cae en la cuenta de esto se advierte que nuestra España «a mano» está siendo realmente una verdadera «patria grande», que luego se reproduce o multiplica en muchas sociedades de hispanos. La de éstos sería así una sustantiva unidad siempre desbordada, cuya expansiva dilatación una y plural ya está dada en embrión en la raíz de donde venimos: en la pluralidad del núcleo primordial mismo de España. ¡Cuánta aberración nos habríamos ahorrado recordando siempre algo tan sencillo! Porque parece no haber más España real que esta primordial de la que suele hablarse. Pero que a la vez está siendo, desde hace diez siglos, la España de las Españas. Es el tema conductor sobre el que ha trabajado inteligentemente la pensadora portuguesa Natalia Correia, en su ensayo *Somos todos hispanos* (Lisboa, 1988).

Pero con esto nos quedamos en una posición incómoda, ya que siempre lo desmesurado es incómodo. Lo desmesurado está expuesto de continuo a nuevos desequilibrios. Sin embargo, algo que nadie se arriesga a negar a los hispanos es que somos de hechura desmesurada. Es posible que con otro modo de realidad hubiéramos sido más cómodos de gerenciar. Así, en el mejor de los casos nunca deja de quedársenos corta alguna de nuestras dimensiones. Con lo que a todas horas alguien está entre nosotros en trance de vivir airadamente. Pero no tenemos otra realidad. Y la verdad es que, puestos a tener cierta riqueza de ser, quizás no sea peor esto que otra cosa.

Por mi parte vengo refiriéndome a asunto tan rico y complejo atribuyéndole el nombre de Transespaña. La transoceánica o planetaria Comunidad de comunidades nacionales y de Estados soberanos cuya «alma» o lengua común es el «español». El idioma español de hoy vendría a ser una trama del espíritu humano que, sobre la urdimbre de la vieja lengua de Castilla, ha entretejido sabiamente el resto de nuestras hablas vernáculas y literarias nacionales. Desde las romances peninsulares, empezando —en orden a su universalización— por el portugués, hasta llegar a conciliar a familias lingüísticas tan remotas en principio como el tagalo o el quechua. Carecería, pues, de sentido, por ejemplo de cara a nuestro siglo XXI, o a la concretísima construcción europea en curso, seguir pensando en raquíptico de España, como hacían nuestros abuelos, agobiados por circunstancias bien distintas de las nuestras.

Esta nueva valoración de lo que somos la tiene hoy muy presente toda la humanidad culta. Igual que se cuenta, por ejemplo, con el retroceso mundial imparable del francés, ayer hegemónico. Fenómeno, por cierto, que no podría suscitar entre nosotros otra actitud que no fuera la más leal y fraterna solidaridad con la admirable lengua y cultura de Francia. Pero de lo que es hora es de que el hecho mencionado —la nueva valoración ineludible de lo que somos— no se empeñen en seguir enmascarándolo con su crónico pesimismo los pequeños residuos que nos quedan de cuando los hispanos estuvimos realmente enfermos, hasta hace poco. O si esos rezagados nuestros van a seguir con lo suyo, qué le vamos a hacer, aprendamos a vivir ya los demás inmunizados de ese tic. Porque quienes contamos somos los que, para ponernos eficazmente en onda con los restantes gestores activos del nuevo tiempo, hemos tenido que empezar por saber acompasarnos con el latido de nueva vida creadora que nos llega de nuestro propios pueblos.

Algo de esto me parecía necesario aclarar de entrada. Que ya no es cuestión de ningún «nacionalismo español», ni estrecho ni ancho. O al menos, que de nada de eso estamos hablando. Un gallego, digamos, o un gallego-portugués, tiene toda la razón del mundo para sentirse orgulloso de su patria o su cultura más directa. Lo que ya será muy decimonómicamente anacrónico es que para disfrutar de tan positivo valor tenga que alimentarse de ningún rencor o resentimiento hacia la España de todos, en la que su «patria chica» es parte esencial. Lo mismo habría que decir de cualquier otra España particular —pensemos en las ideológicas— o de cualquier otro grupo democrático, cuando se sigue dando en la peregrina idea de antes, de satanizar a quien mira a otro horizonte. De que construir cualquier ideal concreto, o posible de España exige odiar al que no coincida conmigo, lo que equivale a renegar a la vez de la verdadera España-madre de todos, de la universalizada; en cuyo seno y sólo formando parte de ella, la propia de cada una de nuestras patrias, creencias o mentalidades tiene cabida. Pues todo adanismo, toda antitradición es un dislate.

De modo que nadie tiene derecho a seguir confundiendo con algo negativo la necesaria aunque a menudo demasiado contaminada o dura de soportar España-Estado, reproducida tantos miles de veces en cualquier otra forma de España-poder. Ya que esa misma grande o pequeña forma reducida de España-poder, estructural o institucional, —de sociedad-civilización jurídicamente organizada para conciliar a todos los discrepantes—, es el único modo históricamente disponible que hemos tenido a nuestro alcance los hispanos para vehicular nuestra singular y milenaria aportación a la maduración del hombre.

Estructura y dinamismos de los sueños del mundo

Pues bien. Es tras este intento de desenmascarar racionalmente la falsa por mezquina representación de España que aún colea, cuando podemos estar en condiciones de volver a nuestra pregunta del comienzo. ¿Tiene realmente algo que ofrecer o que hacer España, en cualquiera de sus manifestaciones, en esto de la paz del mundo? Y más en concreto, ¿qué es lo que la experiencia hispana está en condiciones de mostrar hoy como buena dirección a los mandatarios de nuestras propias naciones, y aún a los que tienen responsabilidades mayores en la construcción del mundo presente? Una dirección correcta que tanto sirva de espejo para los tiempos de paz como para los del conflicto que no se supo conciliar a tiempo, y termina por despeñar al que ejerce el poder hasta dar con él y con su empresa en el final desastre. Que de esto todos sabemos algo. ¿Qué lección, pues, se podría desprender hoy, incluso para la primera potencia armada actual, de lo que acometió en realidad la primera potencia armada de los siglos XVI y XVII en la Europa y el mundo de entonces?

En medio de una situación, por cierto, que había venido precedida de un largo tiempo de heterogeneidades y duras beligerancias internas; y a la que sucedieron otras tantas, en el ojo de cuyo huracán, sin visibilidad ni control posibles, terminamos por desembocar en nuestro siglo. Confrontarse con ese espejo sé que hace décadas que viene preocupando a historiadores estadounidenses. Pero la respuesta que ellos buscan ha estado y sigue estando pendiente de lo que antes los pensadores españoles podamos comprender de nuestro mismo cambio mutacional en curso. Un cambio mutacional del que no se puede entender nada si no se sabe bien del fondo y curso complejo de dónde venimos.

Claro que, como ya advertíamos, en este orden de los hechos disponemos de indicadores empíricos de tamaño natural. No es trivial, por ejemplo, que a estos efectos de construir la paz en el mundo un destacado español ocupe la Secretaría General de la OTAN. O que durante el semestre final de 1995 un Gobierno español haya desempeñado la Presidencia de la Unión Europea (UE) con singular éxito reconocido por propios y extraños. Mejor dicho, por los extraños y hasta por los propios. Ni que nuestros militares se hayan granjeado general estima, no sólo en Centroamérica, donde al fin y al cabo «eran de casa» —con todas las ventajas y los inconvenientes que ello implica—, sino en Bosnia, donde no podían ser más extranjeros. O que la diplomacia española, sumada a las propias inversiones empresariales, y contra muchos pronósticos adversos, haya logrado

encauzar hacia Iberoamérica importantes energías económicas y políticas de la UE.

Con lo cual la España-Estado vuelve a estar activa en sus tres frentes históricos fundamentales. Ante todo, ya lo hemos señalado, en el bien difícil de tratar que es la propia Transespaña. Luego, inmediatamente, en su inconfundible frente occidental: el doble de la presente UE más Estados Unidos; y aún el triple, ya que nos vinculan demasiadas cosas con la Rusia de siempre —al menos desde el Pushkin y el Dostoyevski de su edad de oro— y la Europa del Este. Para cerrar el triángulo con nuestro perenne, creadoramente provocativo, contexto del Mediterráneo; tanto el europeo del Sur como el semita de árabe-islámicos y judíos, norte de África y Oriente Próximo, hoy reactivado en positivo tras la vieja Conferencia de Paz de Madrid en 1991 y la reciente de Barcelona en 1995. Un Mediterráneo-madre de civilizaciones, con el cual tanta carga de afinidades y potencialidades siguen poniendo al día pensadores como Sami Nair o Juan Goytisolo. No obstante, de poco serviría quedarnos en esta constatación geopolítica. Sabemos que los hechos, para el hombre, es pura necedad verlos reducidos sólo a los campos de la razón o la cantidad, el comercio o el poder. Pues toda la realidad sensible y las formas empíricas de una civilización no pasan de ser sueños del mundo objetivados. O lo que viene a ser lo mismo, las coriáceas capas estructurales externas que los dinamismos ideales tienen que segregar para aparecer mínimamente protegidos ante la dura realidad.

Situados precisamente en este terreno de la desterritorialización de los ideales o los valores, o sea de los hechos de fondo, he de confesar que me conmovió escuchar al presidente Clinton, con ocasión de la cena que sus anfitriones madrileños le ofrecían el día 2 de diciembre último en el Palacio de Oriente, un cumplido inusual: «Majestad, ustedes son el país que se desearía ser». No respondo de la exactitud de la frase, dado que el reportaje televisivo mezclaba al mismo volumen la voz del dignatario estadounidense y la de la traducción; y más tarde no he podido dar con versión más fidedigna que la mía. Lo que oí es pues lo que he retenido como veraz. ¿Por qué sería, entonces, el nuestro «un país que se desearía ser»; y no para un gobernante de responsabilidades mundiales secundarias, sino para el de la primera potencia actual? No he encontrado más que una posible respuesta, que es la que aquí vengo buscando. El matrimonio Clinton, en un breve espacio de horas, acababa de subir la majestuosa escalinata neoclásica del palacio, nada más contemplar en el museo del Prado las salas de El Greco, Velázquez y Goya. Sólo este bombardeo de súbitas

representaciones mentales me permite explicar lo que en otro caso hubiera sido un exceso protocolario.

Si es así, o hay algo de esto, la verdad es que valía la pena esperar un siglo, desde 1898, para escuchar algo semejante. Estas palabras rendían público tributo al prodigioso crecimiento experimentado por España y la Transespaña toda a lo largo del siglo xx; y compensaban también de muchas cosas. Parecían estar en sintonía con aquel «Majestad, llevábamnos 500 años esperándoos» de algunos jefes indígenas que recibieron al Rey en sus primeros viajes a Hispanoamérica. Simples llamadas de atención, en todo caso, a las responsabilidades que nos encontramos los españoles con que tenemos contraídas, cuando no lo esperábamos. Y no por lo que política o materialmente somos, ni ambicionábamos siquiera, sino por lo que de grandeza humana, de logros alcanzados en la conquista dura de lo mejor del hombre, guardaba nuestro «espejo enterrado», tal como se lo encontró hace poco Carlos Fuentes (1992). Es decir, por la excelencia de unos sueños sobre nosotros mismos perfectamente vivos en nuestra realidad de fondo. Pero en los cuales apenas nos atrevíamos a volver a soñar, reactualizándolos creadoramente. Y que sin embargo han cautivado ya la sensibilidad de esa pequeña legión de grandes hispanistas que desde hace décadas nos observan con ojos limpios.

Lo tópico y lo utópico, el fuera y el dentro, la tradición creadora

En sus *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos* (Barcelona, 1993) Richard Rorty trae a cuento una idea de Heidegger que viene muy al hilo de nuestra reflexión en este momento:

«Nuestra relación con la tradición debe ser una reaudición de lo que ya no puede oírse, más que el hablar de lo que no se ha hablado aún.»

De todo el amasijo de tradiciones incoherentes que nos han engendrado, una destaca entre todas, lo queramos o no lo queramos. Es la tradición cultural que, apartadas con cuidado todas las demás que la recubren, resulta ser la esencial o la sustantiva de España tras una navegación de mil años. Si recordamos a Zubiri, la sustantividad de algo es el «de suyo» recóndito, la unidad de sistema, el carácter constitutivo o estructural primario y suficiente de cada cosa real, precisamente en su constitución física individual; esto es, no específica ni conceptiva o metafísicamente considerada. Esta

precisión nos ayuda a puntualizar rigurosamente lo que buscamos al hablar aquí de la tradición esencial de España, si por ello entendemos su sustantividad estricta. Aquel registro de nuestra memoria histórica que nos ahorra buscar en las nubes, en el terreno de «lo que no se ha hablado aún», eso que desde nuestros adentros estamos ahora por llegar a ser. Y que sólo requiere ponernos de nuevo a la escucha de «lo que ya no puede oírse», a menos que nos adiestremos en su «reaudición» o «reenunciación». En ello parece consistir, pues, toda tradición viva o creadora, según nos alertó el Gadamer de *Verdad y método* o de *L'art de comprendre*.

Desde esta clara perspectiva, quien se plantea la cuestión en serio ya tendría más cerca una comprensión correcta de lo que España pueda estar aportando ahora a la paz y la seguridad mundiales. Lo que el paso intermedio para llegar a este conocimiento crítico de la cuestión le va a exigir es concentrarse primero en re-escuchar o re-enunciar cuanto los hispanos hemos hecho de valioso en el mundo moderno y en la dilatada época europea que lo preparó. Justo la re-codificación de la voz de unos siglos que «ya no puede oírse», ya que sus ideales y límites, empresas y conflictos han dejado de ser los nuestros. Pero que han marcado con rasgos indelebiles su identidad o sustantividad a cada uno de los protagonistas hispanohablantes del tiempo presente.

En este aspecto, quizás baste a nuestro propósito retener dos cosas. En primer término, que comprender equivale a «dar la vuelta» a lo convencional. Quien no sabe ver, oír, reoír o reenunciar lo suyo utópico —esto es, su propio trascenderse o lado ideal, pendiente de soñar y dar de sí o hacer realidad todavía—, es porque lo tópico y mostrenco le tiene bloqueado. En esto Nietzsche vio bastante claro. Dada nuestra era filistea, espiritualmente burguesa, quien no quiere andar a ciegas tiene que ejercitarse en volver del revés los valores establecidos. Por lo demás, nunca conviene olvidar que esto de ver «el mundo del revés» lo aprendió Nietzsche de Gracián, vía Schopenhauer. De modo que en nosotros y en el consabido «nuestro entorno» todo está dando la vuelta. Poco a poco. O de pronto. Según se vea, o se escuche.

Tenemos entonces que aprender a mirar —oír, etc.— con ojos nuevos. No resulte que visto con ojos de lo ya muerto nos siga pareciendo viejo lo más inédito y sorprendente. Lo ya visto, lo que aburre, no pasa de ser a veces más que nuestro mirar yerto. Porque los ojos, como el oído, también nos los hemos hecho al paso de la vida. Y podemos haber tenido la mala suerte de formárnoslos en épocas en que lo fundamental se oía lleno de

ruidos o no se distinguía por la espesa niebla. Hay que estar advertidos, por psicología elemental. De niños, y de jóvenes en cierto modo, lo que más lejos nos caía era lo tópico, lo incapaz de crear nada. Mientras que hoy cuesta sacudirse de encima la «cultura» de «masas».

Por otra parte, pienso que hay que ejercer también, para saber quiénes estamos siendo realmente, la capacidad de distinguir entre el fuera y el dentro de las cosas. El *fuera* es el aparecer de lo real. El parecer y el límite, tanto en el campo de la intelección sensible como en el de la realidad social. El *dentro* es el transparecer, el quedarse oculto lo trans-real; el no-límite de aquello que en el fondo está consistiendo en ser «el hombre que lo es». Todo el mundo del espíritu que se hace presente allí donde el límite —lo nada más que real— enmudece. Esto es importante, porque nos sitúa en la pista de algo que resulta esencial para la intelección correcta de todo lo humano en cuanto actualidad, sustantividad o unidad como sistema. Me refiero a la diferenciación enérgica entre el *polo de tierra* de nuestro *fuera*, tiempo o mero parecer; y nuestro *polo de libertad*, de ab-solutidad o soltamiento, de sueño creador de lo siempre nuevo, de lo siempre *más* y por hacer, tanto en el mundo recóndito de nuestra intimidad como en el mundo público de nuestra utopía sustantiva que luego se hace objetivamente sociedad o civilización. Y digo que esto es importante, porque nos da razón de una doble fuerza que tensiona o tironea de toda actualidad humana, hasta el punto de que siempre nos la distorsiona a primera vista, y a menudo llega a desgarrarla. Pues cuando el *fuera* y el *dentro* de lo que vivimos y hacemos no se acierta a distinguirlos bien, lo que surge es el problema de la *esquización* o la disolución lunática o alucinada de lo real. El tema mismo de la enfermedad que hasta hace poco padeció España.

Si recordamos someramente la exposición que hace Zubiri acerca del método racional, estaremos en condiciones de pensar esto mejor. Nuestra inteligencia lo primero o primordial que hace ante la «cosa» presente es «aprehenderla». Inmediatamente después la intelección se sitúa a distancia crítica y formula un esbozo, hipótesis o teoría de lo que ese hecho o cosa pueda estar siendo. Y en tercer término vuelve a la cosa para poner a prueba ese mismo esbozo interpretativo. Si el esbozo se ajusta bien a lo interpretado, queda corroborado como comprensión adecuada o verdadera. Si no se ajusta o es «falsado», nos retrotrae a replantearnos otro esbozo que pueda resultar más válido o conforme a lo observado en principio. Sólo cuando ese ajuste final se consiga, nuestra comprensión de lo real será plena y nuestro juicio habrá adquirido madurez.

De esto se deriva, a mi juicio, algo de sumo interés. Y es que este mismo esquema metódico se desdobra en nuestra entera intelección. No ya la racional sino la de todo el frente que la inteligencia atiende: el de la búsqueda del fundamento. Tanto del fundamento de la realidad como del de las ideas, o del que centra nuestro intrínseco trascenderse o dar de sí, o dar nuestro *más*: eso poético o maravilloso que nos constituye y clama por manifestarse en lo real nuevo que estamos siempre por añadir a lo real dado antes en torno nuestro. El hombre consiste así en describir un circuito, siempre espiral y nunca cerrado, entre la *realidad* y la *libertad*, que nos fuerza a trascender aquella para transcendernos a nosotros mismos. Este es el proceso que entiendo necesita denominarse de la so-brehumanación del hombre.

Pues bien. Aplicado todo esto a la construcción social de las *u-topías* o idea-les en que socialmente nos sustantivamos trascendiéndonos –igual que lo hacemos «encarnándonos» en lo real (filosófica, científica o tecnológicamente) por medio de nuestra razón–, creo que se nos aclara mejor lo que siempre estamos haciendo en nuestra vida social e histórica. Un primer bloque de generaciones parte de su propia experiencia fundamental, que consiste en sentirse radicalmente extraños a un modo de existir experimentado como hostil. Este rechazo primordial origina enseguida la representación que podemos denominar *exiliada* o *peregrina*, de la *pérdida* de ese ideal soñado; y la consiguiente exigencia de su *reconquista* reactualizadora. Momento agónico que da paso, cuando esa sociedad –civilización, nación, religión o experiencia histórica sustantiva– logra salir adelante, al momento brillante de la construcción de su grandeza arquetípica, de la plena maduración del mundo ideal o soñado del que ese grupo humano partió.

Y estos tres ciclos se reproducen sucesivamente en cuanto el momento de grandeza creadora da lugar a su nueva pérdida ante un nuevo entorno hostil y a la experiencia exiliada o de éxodo consiguiente, que se embarca en la empresa de su reconquista reactualizadora. Estos momentos de pérdida de la propia grandeza son los que Valle Inclán recreó genialmente con su artificio del esperpento literario, igual que Goya lo hizo antes con el esperpento plástico. Es difícil expresar mejor que con el esperpento la agnía del hombre o de la civilización que se sienten perdidos entre el *fuera* y el *dentro* que les son constitutivos. Es esta diferenciación agónica la que cuando no se acierta a conciliar nos aboca a la *esquización*, personal o social. Cuando se resuelve, en cambio, con inteligencia creadora, nos franquea el acceso a nuevos años de *grandeza*. La oscilación que marca esta

alternativa traza el mapa del terreno en que España, la de todas las Españas y todos los hispanos, viene debatiéndose desde nuestro mal resuelto —o resuelto en falso— siglo XVIII.

Pero todo esto no quiere decir nada contra la necesidad de mantener constante la guardia racional de un método riguroso en lo que concierne a la comprensión de la realidad. Tan perniciosas como han resultado las lecturas reduccionistas «modernas» del racionalismo, el idealismo, los materialismos o las últimas idolatrías nacionalistas, que convergen en el total desarme nihilista o masificador actual, sería la lectura de un nuevo reduccionismo «espiritualista» o «irracionalista», despreciador de la razón, que a tenor de lo planteado en la «posmodernidad» se quedase en la mera deconstrucción negativa del anterior conocimiento metafísico. No va por ahí, en cualquier caso, nuestra *búsqueda del fundamento* al modo zubiriano. No tendría sentido, en efecto, disminuir ninguna cautela racional en lo que es propio del conocimiento del mundo objetivo. Pero pienso que menos lo tendría seguir confundiendo las cosas. El campo de la razón sigue teniendo sus exigencias severas. Pero ya no las tiene menores el campo de la libertad engendradora de los sueños del libre mismo y de su mundo de libres. Ni el de nuestra *ab-solutidad* sobrehumanadora (*).

Actualidad de la *u-topía* de la sobrehumanación

Está claro que llamamos libertad a dos representaciones o valorizaciones muy distintas. Una es la libertad de trabajar con ahínco para sacar de sí y dar de sí, primero compartidamente con otro, y después con toda vida humana, lo mejor del hombre. La otra es la libertad de romper con cuanto se oponga a que cada yo haga de sí una fortaleza inexpugnable. El «yo», el «individuo», el «sujeto» es pensado precisamente para hacer de sí un actor de éxito en el mundo. No en otro lugar sino en el concreto territorio de este mundo de teatro que, en continuidad con toda la tradición sapiencial de la humanidad, dejó caracterizado para siempre en Occidente el barroco español. Aunque este éxito temporal tape su otra cara, en la cual resulta que tiene que pagarse a costa de alguien. Lo que ese éxito exige de quien

(*) Creo obligado referir la deuda de algunas de estas ideas a mi participación en el reciente debate de un grupo de estudiosos, arbitrado por el profesor Diego Gracia, director de la «Fundación Zubiri», que se desarrolló en base a una ponencia del profesor Juan Bañón sobre el tema de la comprensión.

así se libera como individuo acorazado, o se emancipa, es toda una vida «en campaña», en arremetida constante contra un enemigo que no cesa de salirle al paso, ya que es el enemigo que él mismo lleva dentro.

El punto final de esta actitud será invariablemente el nihilismo, la libertad de autodisolverse en el aire toda construcción que el hombre levanta sobre esa base. Pues bien: de estas dos formas primordiales de libertad, no es nada incongruente que a la primera la llamemos libertad de sobrehumanación. En tanto que a la segunda le conviene el nombre de libertad de autofundamentación. La libertad de quien se sabe, o se cree el centro de todo, el dueño de todo: aquel para quien todo está dado justamente para que él lo use; y después lo tire. Todo, es decir, todos: las demás vidas humanas, o las demás sociedades, reducidas por principio a simple mercado de hombres y pueblos.

En este aspecto resulta aleccionador el cotejo entre los sistemas de ideas de los que simultáneamente parten Gracián y Hobbes. El planteamiento que se hace Hobbes del hombre y del mundo no puede ser, por lo pronto, más arbitrariamente especulativo. Una presunta guerra primordial de todos contra todos se resolvió gracias al ingenioso invento de dejar cualquier ejercicio de poder en manos del Estado leviatánico. Hobbes nos pone, con pujos de abstracción racional, ante una de las más sabrosas fabulaciones míticas imaginables.

Gracián, por su lado, y al mismo tiempo, no puede ser más intrínsecamente experimental o experiencial y ceñido al terreno. El hombre verdadero, real, el que nada más pasa por el mundo de teatro pero no se reduce a eso, sino que es *más*, toda su empresa vital la tiene que cifrar en un vivir desengañado; en no dejarse engañar o seducir por el mundo de teatro que inexorablemente atraviesa. Hazaña que requiere en todo humano Andreño saber apoyarse en su Critilo, el hombre «crítico», *separado* o sabio, que siempre si lo sabe buscar tiene al lado para enseñarle el arte de transformarse en «hombre que lo es».

Este sobrehumanarse sustantivo del hombre está implícitamente aludido en la «transhumanación» a la cual Beatriz conduce a Dante, al introducirlo en el paraíso. Y está aludido explícitamente, pero entendido al revés todavía, en Nietzsche. El superhombre sería el contratipo de la gente débil que Zaratrustra desprecia. Sea lo que fuere, en el único texto donde el tema de la sobrehumanación está tratado como núcleo duro de todo un sistema de pensamiento es en la *evangelidad* de Jesús. Hasta culminar en esa enigmática situación que toda la tradición cristiana viene conociendo como su

«Resurrección»; esto es, su histórica transmutación sobrehumanadora. De ninguna otra persona humana guardamos noticia alguna que nos informe sobre un suceso semejante en su vida. Por supuesto, se trata de un suceso enigmático, misterioso, no vivido al nivel sensorial de la existencia ordinaria; sino al nivel de esa trabajosa y agónica conquista del hombre nuevo y de la humanidad nueva que el propio Jesús había expuesto como meta de su enseñanza. Sólo podía ganar su vida, en términos de sobrehumanación efectiva, de *resurrección* específica, el hombre que afrontaba la necesidad de echarla a perder según el mundo de teatro. Quien pasaba por el aro, en cambio, de triunfar, acomodarse a gusto al menos, en esa escenografía engañosa, adorándose y exaltándose a sí mismo: ese es el que se echaba a perder a sí mismo.

En plantearse en carne viva este tema, aparte de todo proselitismo competitivo, es en lo que yo diría que está empezando a desembocar nuestro tiempo. No hay sueño colectivo entre las ideologías que han sido llamadas torpemente «utopías» en los dos últimos siglos, que no esté siendo una forma empobrecida de lo que siempre ha tendido a construir la evolución humana: la sobrehumanación del hombre. Lo mismo sucede ahora con los ideales fanáticos que está esgrimiendo la desesperación de las sociedades orientales, ante su destrucción en el mercado de un mundialismo capitalista sin frenos. Despojadas estas respuestas violentas de lo que tienen de alucinación momentánea, o terrorista, siempre nos descubren la misma reacción frente a la prepotencia del Occidente autofundamentado y la misma sed y hambre de la herencia sobrehumanadora que el Occidente de la libertad profunda nos ha sabido construir. Lo que nos queda ahora es aprender a deconstruir todos los lenguajes violentos y acertar a reconstruirlos según el nuevo código de la sobrehumanación de todos y de todo el hombre. Este es el cimiento solidísimo que emerge ya ante nuestros ojos y sobre el cual algo sorprendentemente inédito puede empezar a levantarse.

El aferramiento histórico de España al ideal de la sobrehumanación

Quizás resulte ahora más fácil argumentar que España, así, con todas sus implicaciones y consecuencias, es en realidad el nombre de uno de los más nítidos enamoramientos con que la humanidad ha vivido el ideal de la sobrehumanación: de la búsqueda de su fundamento, del marchar tras lo mejor o lo más elevado del hombre. A hombros siempre de la trabajada

pareja mujer-varón que ha protagonizado a sus expensas todo el costo de la historia. Por supuesto, quien a estas alturas desconozca cuanto de negativo ha ensombrecido a esa misma asombrosa aventura del espíritu humano que llamamos España, no sólo acreditará no haber leído nada de la literatura inagotable que dice horrores sobre nosotros. Lo que es peor, manifestará una increíble ignorancia sobre lo que es el hombre en sí mismo.

Porque la maldad humana es demasiado ingenuo pensar que la inventó España, ni siquiera en su versión de la España-poder. La historia del mal, incluido todo el perpetrado por los españoles o los hispanos, es tan vieja como el hombre; como las demás montañas de escoria que han dejado a su paso cuantas civilizaciones o imperios han sido anteriores, coetáneos o posteriores a la grandeza de España. Y sin embargo hay algo que no pasa, sino que queda como un rastro indeleble, puede decirse que eterno, de todas y cada una de las experiencias o sueños creadores de los que han ido emergiendo los mundos humanos. Es aquello que pretendió de continuo llegar a ser la *nueva humanidad*, el *nuevo mundo*, aunque casi siempre terminara haciéndose al revés. Eso que en definitiva va quedando como el oro alquímico alambicado por todos los hombres y todos los pueblos: la maduración optimizadora del hombre sobre la tierra.

Y ahí es donde no cabe duda de que hay sitio para que se entremezclen lícitamente todas lecturas de España: las exaltadoras y las denigratorias. Pero al escrutar unas y otras, lo que en el fondo del crisol queda nos hace comprender eso de que muchos hoy, y no precisamente ingenuos, o irresponsables, estén viendo a España como «el país que se desearía ser». Es frecuente leer todavía textos de hace décadas en los que la crítica ponderaba la importancia de nuestros mayores mitos literarios. O la justa apreciación que el museo del Prado merece como depósito de la alta tradición del hombre que albergan sus salas. Sin embargo, yo estimo que el tema excede toda mera crítica artística o cultural. Al acabar el gran saldo de nuestro siglo, a lo que estamos abocados es a profundizar en una noología rigurosa de la sustantividad sociológica de España; de su expresión mediante excepcionales arquetipos dinamizadores; de su incalculable capacidad de reactualización inmediata.

Igual que cabe observar de toda civilización o sociedad humana en cuanto a su formal estructura sociohistórica, yo especificaría en tres grandes campos o avenidas vitales las construcciones fundamentadoras de la *u-topía* sustantiva que viene siendo España. Primero, el «estar en realidad», el

propio «de suyo» sustantivo en la perspectiva del pensamiento zubiriano. Es lo que antes la ontología o la metafísica tradicionales llamaban inadecuadamente el «ser» de lo que fuese. Segundo, el sueño creador en que se expresa el *más* constitutivo, el propio dar de sí del hombre. Su esencial trascenderse, de donde emerge la creación de realidad nueva tanto en cada intimidad personal como en nuestros constructos sociohistóricos. Los cuales son simultáneamente inseparables de la riqueza artística o estética que a modo de metáforas o ficciones de acompañamiento produce asimismo cada cultura. Y por último, el territorio de la libertad, con la equivoicidad siempre espléndida y dramática entre todas las parejas de opuestos; entre el incesante soltamiento de todo o *ab-solutez* que en el hombre empuja constantemente la marcha hacia la propia superación, y su polo contrario; entre el trascenderse y el crear el mal; entre el amor y el cerramiento enloquecido en la dominación, el rencor o el odio; entre el sabio conciliarse y el estúpido conflicto sin otra salida que destruirse.

Ya no tendríamos más que hacer una sencilla transposición de lo general a lo concreto, en estos tres campos de una sociología de la cultura, para poder leer con lucidez el *dentro* y el *dar de sí* de lo que estamos siendo. El boceto del cuadro o de la estatua vivientes, la metáfora, guión o libreto del relato que todas las ficciones creadas por el hombre español o hispano están revelando acerca de lo que en realidad hemos hecho de nuestra cultura, o sea, de nosotros mismos. Pues no hay nada en la cultura del hombre hispano que no esté siendo el espejo desasosegante de su dramática historia. Esta confrontación entre nuestro arte o literatura y lo que en realidad somos constituye a su vez un claro duplicado vital de lo que el método racional distingue en sus tres momentos lógicos de la aprehensión primordial, la formulación del esbozo o la teoría críticos y el falsador poner a prueba final en tanto que logro o malogro del juicio maduro, de la comprensión cabal.

A esto es a lo que me vengo refiriendo cuando he hablado de la imagen originalísima que nuestra gente española o hispana ha dejado ya indeleble en la marcha del hombre: a nuestro particular modo de aferrarnos al ideal de la sobrehumanación.

Pues lo que hoy deja en la playa al retirarse la brutal marea de nuestro salto mutacional durante el siglo que ahora termina es un tesoro de precio incalculable. Sólo nos hace falta un mínimo de entusiasmo creador para realimentar hasta horizontes nunca pisados por el hombre esta gran riqueza que ahora tenemos como inadvertidamente entre las manos; y que

constituyen nuestra triple tradición sustantiva, tanto popular como culta, de España de las Españas:

- La tradición humanista del hispanismo filosófico; de la *hombredad* del hombre que lo es; la esencial tradición de nuestro «de suyo» quijotesco, liberante o libertario.
- La tradición cristiana, de nuestros místicos y nuestra imaginería procesional; de la *liberación* transformadora; del libre haciéndose como intimidad y como «reino» o evangelidad de los libres, como *u-topía* misionera.
- La tradición comunal de la patria de que enorgullecerse; de la tierra o la mar ancestrales; de los *comunes de libres* tan ligados a la «patria chica» como a la España de cuya ausencia nunca sana el exiliado; de la lengua o la doble lengua, el folclore y el arte; de la siempre desequilibrada y siempre en reequilibrio *u-topía* crítica inalcanzable pero irrenunciable.

Los ciclos de crisis y paces en que se ha construido la civilización hispánica

España se ha configurado históricamente a través de al menos cinco grandes mestizaciones y los consiguientes cambios de paradigma colectivo; aunque algo —una unidad de sistema interpretativo y representativo; un cierto y peculiarísimo, inconfundible modo de soñar el mundo humano— permanece identificándonos a los hispanos durante muchos siglos. Desde las fusiones primitivas que están en el origen de la Hispania romanizada hasta la presente Transespaña planetaria.

Es aquí donde la idea central que vengo tratando de destacar a lo largo de esta reflexión despliega —o no— toda su fuerza interpretativa. No puede entenderse, a mi juicio, el papel desempeñado a través de un ciclo histórico de larga duración por un sistema cultural o social de importancia, cuando sólo atenemos nuestro juicio a sus factores o magnitudes empíricas: a su *fuera*, a la forma con que lo configuran sus estructuras, instituciones y conflictos de poder; a su capacidad externa, coercitiva, de control económico, político o militar sobre las posibilidades humanas. Porque además cuenta, y cuenta decisivamente, el campo vulgarmente llamado de «las conciencias».

Ese mundo del espíritu o la espiritualidad, de la libertad comprometida con el dar de sí que constitutiva y soñadoramente crea el hombre, en el *más* insondable de sí mismo y del mundo. Eso que, cuando falla, solemos

señalar hacia su hueco o su vacío como si nada más se tratase de una crisis de reglas de juego práctico, de corrupción ética o moral. Y sin embargo, eso que en las grandes crisis colectivas falla gravemente —recordemos nuestro Desengaño imperial nuestro Desastre de 1898— es algo situado en un fondo humano que no queda al alcance de ningún moralista en cuanto tal.

Lo que hemos detectado así, o hemos tratado de detectar, es aquello que sustantiva, inexorablemente pertenece al sueño creador del *más de sí* que nos es constitutivo; al trascenderse o el ideal de hombre superior, de hombre libre desde su núcleo o dentro más radical, no envilecido, no determinado, contaminado o dominado por nada que sea inferior a la más alta dignidad humana posible, esto es, al proceso evolutivo lógico de nuestra sobrehumanación en marcha. Y eso digo que nos es constitutivo, esto es, que pertenece a esa clave genética que nuestro ADN no puede tener escrita en ninguna parte, porque el hombre no es una especie más de vivientes cerrada o clausurada, sino que consiste en estar siendo una novedad absoluta en la evolución, un libre haciéndose.

Algo que nos estamos jugando en cuanto tal especie humana, con independencia del cambiante territorio de época, civilización, religión o ideología en que sucesivamente nos hayamos emplazado. Eso que es siempre y de suyo lo desterritorializado o in-dependiente en que consistimos los libres, haciéndonos justamente lo que está más allá de toda territorialización anecdótica: *u-topía*, mundo de libres.

Y eso, el núcleo duro, el *dentro*, el «de suyo», el sueño social sustantivo o la *u-topía* histórica sustantiva que llamamos España —con toda la ambigüedad, e incluso las crisis de esquizoidad o de fractura de la identidad propia que amenaza a nuestras realizaciones hacia fuera, a todas horas— es lo que aún nos quedaría por considerar en el proceso mismo de su maduración histórica.

De su partir de lo que originaria e insatisfactoriamente había, para pasar a soñarlo creadoramente después, representármolo simbólicamente como esbozo de lo que esa realidad potencial primera podría estar por ser, y lanzarnos después a ponerlo por obra, a construirlo a nuestro modo, quijotesca, juancruciana y gracianamente. Con lo que hemos conseguido, es cierto, fracasos descomunales. Pero que si renunciáramos alguna vez a seguir probándolo temerariamente, sea cual sea la situación del entorno en que caigamos de nuevo, ante nadie mereceríamos ya que se nos conociera por la identidad que nos es propia.

Esto es lo que ahora nos queda por considerar sinópticamente. Cómo nuestros grandes ciclos de maduración, a través de tiempos epocales incomparablemente diversos, no pueden interpretarse más que a modo de espectaculares bucles entrelazados, helicoidales, de esa hélice vital de mestización creadora, de síntesis humana universalizante, cuyo horizonte parece venir imantando y dinamizando toda la marcha del hombre sobre la tierra. Experiencia hispánica singular, que pertenece de raíz por supuesto a esa mitad del hombre occidental que nació en Grecia hace dos milenios y medio. Pero que por su otra mitad, por el sistema de pensamiento, de sabiduría y de vida transformante que aportó Jesús de Nazaret, está hoy bien patente que plenifica a la vez a los Orientes antiguos. Tanto, desde luego, como los está transformando, desde cada uno de sus *dentros* respectivos, nuestro actual crecimiento exponencial de las posibilidades democráticas y científico-tecnológicas de la vida humana. Porque es ahí donde Occidente se justifica ante la Historia. En tanto que está siendo la doble y simultánea maduración que ha comportado en la evolución del hombre. Primero, la racional y luego la de exploración –al límite de todas las religiones, las sabidurías y las escuelas de experiencia mística– de la constitutiva *ab-solutidad* del libre haciéndose y de la maduración última del hombre.

*Las fusiones del origen hasta
la pérdida reconquista de España*

Desde Altamira y Tartesos hasta la Hispania del Bajo Imperio y del asentamiento visigodo, anda todo nuestro rastreo actual de *las raíces* de lo que somos. Es lo que tenía muy presente Antonio Machado. Que el sentido más inmediato de «lo actual» encubre el sentido profundo y auténtico de *la actualidad*. La actualidad que nos es sustantiva. Aquello que en su mitad ya acumulada suele llamarse la tradición. Lo que la intelección nos muestra cuando ahondamos en el hoy que contiene el ayer, en tanto que el ayer no podía contener al hoy.

La mestización en guerra y paz de la España andalusí

Sigue siendo fundamental la aportación de Asín Palacios. Lo hispano andalusí, igual que lo hispano sefardí, se expresaron abrumadoramente en castellano –también en catalán. Al paso de la Reconquista no se necesitó ninguna operación alfabetizadora de las poblaciones. Al revés. Es la literatura árabe de España, su gran pensamiento filosófico y científico, la que se escribe en aljamiado, en castellano con caracteres arábigos. Y lo mismo

sucede con el resto de la obra lingüística que elaboran durante nuestros siglos medievales las aljamas judías y moriscas.

Es en ladino como el mundo sefardí del judeoespañol construye su cábala, místico-sapiencial y litúrgica, que se expande después a toda la diáspora europea central, balcánica y del Oriente Próximo. En lo que Asín Palacios investiga hay mucho más de permanente que en la retorsión esotérica a la que Henri Corbin reduce el tema. E incluso más también que en la versión de Américo Castro, cuando intenta presentar un escenario de cultura cristiana dominante y unas culturas oprimidas sefardí y andalusí. Es imposible decir en esto —como en todo, quizás— la última palabra. Pero la creciente investigación de la que esos tres campos de configuración de la España moderna son hoy objeto entre nosotros no avala esa interpretación. Tantos dominadores y dominados, y estructuras de ambos signos, había entre los hispanocristianos como entre los hispanoislámicos y los hispanojudíos.

Mestizaciones étnicas y culturales que han ido constituyendo la sustantividad de España

TIEMPOS PROTOHISPANOS

- Poblaciones originarias y romanización de Hispania.
- Hispania cristiana.
- Germanización visigótica de Hispania.
- Islamización de Hispania en Al-Andalus y esplendor de Sefarad.
- Desarrollo en América de sus poblaciones y epistemes originarias.

TIEMPOS CONSECUTIVOS A LA CONSTRUCCIÓN DE LA LENGUA ESPAÑOLA

- «Pérdida» de España y cruzada de «Reconquista».
- Mestización hispanizadora indiana.
- Creación de la Modernidad española: los arquetipos clásicos.
- Desengaño y Decadencia del Imperio.
- La esperpentización marca el límite del paradigma clásico bajo la contaminación autofundamentada.

MUTACIÓN EMERGENTE A LA TRANSPESPAÑA

- Ciclo libertario y desenlace de la revolución hispánica desde 1868.
- Emergencia mutacional de la Transespaña como nuevo espacio mundial.

La mestización en guerra y paz de la España sefardí

Además de lo ya advertido, pienso que este aspecto de la cuestión deja al descubierto algo de mucha importancia y poco tenido en cuenta. Me refiero al problema de los exilios hispanos. Se diría, a primera vista al menos, que fuéramos un sistema cultural incapaz de vivir sin exilios: los internos y sobre todo los expulsados afuera. Pienso que la exacerbación en nuestro caso de esa forma de desajuste social viene de nuestra inevitable desequilibrio constitutivo. De lo alto que hemos puesto nuestra meta colectiva de la «utopía crítica» graciana. De que no nos hayamos propuesto menos que la búsqueda y construcción de una *u-topía*-mundo: de hacer presente lo mejor que el hombre puede dar y hacer de sí.

Y viniendo como venimos –los españoles, los occidentales y todo el mundo– de una larga y tenebrosa evolución desde el origen, nada tiene de extraño que la historia de todos esté siendo la de las violencias e invasiones recíprocas. No hemos sabido vivir creadora y conciliadoramente nuestros conflictivos encuentros; y el resultado viene siendo la autodestrucción sistemática de toda relación creadora. No ya que predomine lo más luminoso que hemos logrado descubrir, sino aprovecharlo como pretexto para imponerse cada cual al otro. Ya es hora de que nos propongamos aprender a ser hombres maduros sistemáticamente. Pero hasta hoy apenas se ha podido avanzar por ese terreno minado, más que a tientas. Y a riesgo de saltar por los aires a cada paso.

Pues bien: una de las formas de este avanzar tan precario como terco habrían sido los grandes bucles de guerra y paz en los que hemos ido cobrando identidad los hispanos. De modo que lo acontecido en 1492 bien cabría considerarlo de otro modo que el que se ha hecho convencional. Se trataría del primero de nuestros grandes exilios, al comienzo mismo de nuestra modernidad: del siglo xvi. No tardaría más de dos décadas en sobrevenir el exilio comunero; de mucha mayor significación de lo que suele atribuírsele. Luego, en el siglo xviii, vendrá el exilio jesuita, con el que desde ahí hasta las desamortizaciones decimonónicas se intenta dinamitar conscientemente el núcleo mismo de la sustantividad española. De ahí se desprenden en cadena los exilios de nuestros progresistas y reaccionarios. Y los que masivamente desencadenaron tanto nuestra guerra revolucionaria del 36 como todas y cada una de las guerras civiles nacionales que han configurado hasta hoy nuestra global revolución histórica del siglo xx; cuyo resultado mutacional está siendo la emergencia de la actual Transespaña planetaria.

*Nuestra modernidad y su espejo
en la mestización indiana*

La mestización hispana o ibero-americana constituye el caso paradigmático, a través de la creación y el final fracaso del Imperio hispánico o indiano, no sólo de construcción de lo que hoy somos nosotros, sino, sin duda alguna, de todo el formidable proceso de maduración o mestización que está haciendo avanzar hacia su unidad al género humano. Entiendo que esto lo hemos argumentado bastante en principio, y a los efectos de lo que aquí tratamos, como para no pensar ahora más en ello.

Quizás valga sólo la pena destacar que, por fortuna, y al calor de las Cumbres Iberoamericanas desde hace cinco años, vivimos ahora un momento en que es ya posible armonizar de un modo nuevo cuanto queda vivo —y es mucho— de la tradición propia de los pueblos indígenas americanos, con lo que fue su rico pasado de Imperios y culturas prehispanos. Sin olvidar que por conservar vivos aquellos orígenes irrenunciables hicieron mucho más la Administración comunal española y los misioneros, con todos sus defectos —no los que la retórica sectaria les atribuya, sino los que la investigación rigurosa acredite—, que lo que vino después: las anticomunales, desamortizadoras y latifundistas oligarquías republicanas que tan a menudo depredaron brutalmente Iberoamérica tras la Independencia.

*El sometimiento hispano a la modernidad
de los otros hasta nuestra revolución mutacional*

Tan claro como que Alemania ocupa hoy el fundamental pilar económico en la construcción de Europa, lo es que España aporta el pilar y el idioma de la sobrehumanación del hombre: de todo el hombre y de todos los hombres. Tan claro es esto como que el inglés está siendo ahora la lengua del mercado mundial y también incluso del poder por sí mismo, como idolatría que amenaza imponer su hobbesiana u orweliana, fáustica o kafkiana utopía a todos los hombres y pueblos. Los demás países europeos, empezando por Francia, Inglaterra o Italia, así como Estados Unidos, están aportando desde su historia nacional y cultural específica, el resto de las versiones en que hemos vivido el sueño occidental del mundo. Un sueño del mundo al que a los no occidentales les ha tocado esta vez adaptarse y sufrirlo pasivamente, siempre que no han tenido la extraordinaria oportunidad histórica de mestizarse con él y rehacerlo original o creadoramente. En esta nueva «Escuela de traductores» de los Occidentales y los Orientales donde se está cocinando ya, más que el futuro, la maduración plena del

hombre, es donde todos estamos emplazados. Y ahí no tenemos los hispanos de la Transespaña ningún papel privilegiado que jugar. Pero sí un papel de buscadores del hombre, al que, aunque nos empeñásemos, no podríamos renunciar nunca.

Qué aporta a la paz y la seguridad mundiales lo que hoy es la actualidad hispana

Aquí es donde justamente se advierte que la aportación de la Transespaña está consistiendo en transferir a nuestros demás socios occidentales la propia perplejidad de los españoles desde que nos tuvimos que enfrentar críticamente a nosotros mismos. Porque ha llegado el momento en que todos tenemos que salir a la pizarra a pasar un examen apasionante. ¿Cómo pueden ser traducidos hoy y aquí nuestros respectivos sueños de Occidente en el mundo al nuevo idioma universal de la sobrehumanación del hombre? ¿Cómo estamos equipados, o equipándonos para construir en adelante —y ayudar eficazmente a que todos aprendan a construir, en cursos acelerados— lo mejor de toda vida humana y de toda civilización histórica? Y este último dar de sí de Occidente, ¿no estaría exigiendo ya algo así como otro plan de convergencia general, con metas y plazos concretos, en paralelo a Maastricht?